

«ni vendernos sus mentiras sobre Proteo y Tetis, ni representarnos en la tragedia, ó en otro poema, á Juno bajo la figura de una sacerdotisa que va mendigando

Por los niños bienhechores
Del río Argio Inaco,

«ni en fin á imaginar muchas otras parecidas ficciones. Que las madres no vayan más, sobre la fe de los poetas, á espantar sus niños con malos relatos, como que hay Dioses que vagan errantes por la noche bajo la figura de extranjeros de otros países; esto sería á la vez hacer injuria á los Dioses y hacer más tímidos á los niños. Esencialmente simple y verdadero, en palabra ó en accion, Dios no cambia de forma ni engaña á nadie, ni por medio de apariciones ni de discursos, ni menos por signos enviados por él en la vigilia ó en los sueños.—Páreceme que esto no se puede negar.

«¿Tú apruebas, pues, esta segunda ley: Nadie, en los discursos ordinarios ni en las composiciones poéticas, representará á los Dioses como mágicos que toman diferentes formas y nos engañan con mentiras de palabra ó en accion?—Sí, la apruebo.—Así, áun alabando muchas cosas de Homero, reprobaremos el pasaje en que Júpiter envía un sueño á Agamenon. Y cuando un poeta venga á hablarnos así de los Dioses, con indignacion nos negaremos á escucharle; y semejantes discursos serán igualmente prohibidos á los maestros encargados de la educacion de la juventud; pues deseamos que nuestros guerreros lleguen á ser hombres religiosos y semejantes á los Dioses, en cuanto lo permita la humana fragilidad.—Apruebo estas reglas y convengo en que se conviertan en otras tantas leyes.»

A tan notable y razonada crítica de Platon puede añadirse el juicio de gran número de otros gentiles que, antes y despues de él, habian conservado muchas tradiciones primitivas, para indignarse contra las infamias que Hesiodo y Homero habian inventado sobre los Dioses,

Zoilo, Jenofonte, Isócrates, Herodoto, Aristóteles, Jerónimo, Ciceron, Dion, Luciano, Filóstrato, etc. Para decirlo de una vez, entre los griegos antiguos, *homerizar* significaba mentir y se llamaba *homeristas* á los histriones y charlatanes. Los paganos, pues, tenian la más pobre idea de Homero y de su fatal influencia sobre el espíritu de la juventud.

Los primeros apologistas del cristianismo, los Padres de la Iglesia, san Justino, Teófilo de Antiquía, san Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, Lactancio, Eusebio, san Atanasio, san Gregorio Nacianceno, san Epifanio, el Crisóstomo, san Agustin, son mucho más severos con Homero. Citemos aquí no más que á san Justino: «Todas sus rapsodias, el comienzo y el fin de la Iliada y Odisea es la mujer;» y «Orígenes: Hay que alabar á Platon que ha excluido de su república á Homero y á los autores de poemas semejantes á los suyos, como corruptores de la juventud.»

Mas—aquí se ofrece la comparacion dolorosa á que he aludido—uno de los grandes maestros de la enseñanza clásica por medio de los autores paganos, el R. P. Cousin de la Compañía de Jesús, en su entusiasmo gramatical y literario, á este juicio solemne y concienzudo del mundo gentil y del mundo cristiano osa oponer esta apotheosis por demás lírica:

«Dionisio Longino, muy elecnentemente, como acostumbra, compara Homero ya al Sol naciente, ya al Océano, y con mucha razon. Porque, así como el Sol es el origen de la luz, y el Océano el padre de todas las aguas, así Homero es el padre de toda doctrina, y yo añado con el emperador Justiniano, de toda virtud. Y del mismo modo que todas las cosas son revestidas de los rayos del Sol, animadas de su calor, humecidas y alimentadas por las venas del Océano, así tambien de los cantos del divino Homero las letras han recibido la luz, la vida, el alimento, más dulce que el néctar y la ambrosía. Además, así como en el Sol levante y poniente aparecen los más variados colores para

deslumbrar los ojos, así como en el Océano la riqueza de tantas cosas, la hermosura de tantas playas, la belleza de tantas islas producen deleites, asimismo en la poesía de Homero hay tantas perlas, tantos rayos, tantos resplandores, tantas cosas diferentes, tantas otras ocultas, una tan inmensa abundancia de tantas cosas, que esta belleza y este placer deleitan sin saciedad.» (*Nic. Causini è Societate Jesu*, lib. I, c. X, p. 13. *De eloquentia sancta et humana*, lib. XVI. *Edit. Paris*, 1636, in 4.º)

Basta y sobra esto. Dejemos la enseñanza exclusivamente pagana:

Claudite nunc rivus, pueri; sat prata biberunt.



APÉNDICE B.

LAS PRINCIPALES DECISIONES DOGMÁTICAS EMANADAS DE LA SANTA SEDE BAJO LA FORMA DE BREVES, ENCÍCLICAS, CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS, DECRETOS DE LOS CONCILIOS Ó DE LAS CONGREGACIONES ROMANAS, DESDE 1789 HASTA NUESTROS DIAS.

La Fe es absolutamente necesaria, y debe ser completa, es decir, que debemos afirmar todas las verdades que afirma la Santa Iglesia apostólica católica y romana, y rechazar todos los errores que ella condena.

Por eso al empezar á hablar de la Fe, debemos decir lo que el apóstol Santiago decia de la Ley: El que voluntariamente falte á un solo punto de ella, la quebranta por completo. En vista, pues, de esta rigurosa obligacion he creído hacer una buena accion, al reproducir, en este segundo apéndice, las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede desde la gran Revolucion de 1879, que tan fatalmente ha exaltado y emancipado tantos espíritus.

Esta preciosa coleccion, que no encontrarían fácilmente en otra parte, podrá ser, para aquellos de mis lectores más ávidos de la verdad, el punto de partida de un sério